

L A C A R I D A D

El cólera desaparece, la tranquilidad renace y el pueblo de Madrid, como si despertase de una larga y fatigosa noche, vuelve a su actividad acostumbrada.

Pronto, tal vez al mismo tiempo que estas desaliñadas líneas llegan a manos de nuestros lectores, las campanas anunciarán la fausta nueva enviando al cielo fervientes oraciones de los fieles.

¡Cuán dolorosas y profundas huellas deja de su paso el terrible azote al desaparecer de entre nosotros, no hay necesidad de encarecerlo; lo dicen con harta elocuencia las lágrimas frescas aún en las mejillas de tantos desgraciados como lloran y llorarán todavía largo tiempo la pérdida de seres queridos; lo dice el luto general que a todas partes que volvemos los ojos encontramos, hablándonos del oculto dolor que simboliza y reavivando en la imaginación tristes y aún no borradas memorias!

No obstante, ahora, como siempre, del dolor ha surgido una consoladora esperanza;

ahora, como siempre, la adversidad ha revelado en el pueblo de Madrid condiciones tales de heroísmo y de virtud, que el placer que proporciona su espectáculo aminora el sentimiento y hace más llevaderas las desgracias que han contribuído a ponerlas de relieve.

No indagaremos nosotros la causa, no culparemos a nadie, porque ni la índole de nuestra publicación lo permite, ni aunque lo permitiese conviene ahora a nuestros propósitos; pero no es posible poner en duda que al recrudecerse la epidemia que ha afligido a la capital de la monarquía hemos atravesado por momentos críticos y horribles, cuya prolongación amenazaba una gran catástrofe.

Los que lo hemos presenciado no lo olvidaremos jamás. Hubo un momento en que el azote llamó a las puertas de la miseria envenenando con su hálito ponzoñoso la atmósfera de esos hediondos tugurios en que se hacían sus hijos; hubo un momento en que solicitada a la vez de todas partes, la administración se encontró insuficiente para atender a un tiempo a tantos dolores; hubo un momento de horrorosa incertidumbre, de verdadero pánico, en que se sobrecogieron los ánimos más serenos, en que vacilaron los más firmes, y una gran parte de la población huyó espantada, mientras otra no sabía adonde

volver los ojos en tan angustiosas circunstancias. Por fortuna, en aquellos mismos momentos, cuando la inteligencia del hombre, llena de estupor ante el incomprensible fenómeno, buscaba en vano su misteriosa explicación; cuando la ciencia, sintiéndose impotente para combatirlo, doblaba la cabeza, confusamente, ante el doloroso azote; cuando la impresionable multitud se sentía presa de un desaliento y un terror profundos, creyéndose herida por los golpes de un implacable ministro de la cólera del cielo; el ángel de la Caridad, surgiendo, de improviso, como un rayo de luz que venía a iluminar aquella horrible noche, avivó la fe de los unos, reanimó la esperanza de los otros, y dando principio a su gigantesca y sublime lucha con la Miseria y la Muerte, lucha de que, al fin, había de salir triunfante, vino a ofrecer al resto de España el espectáculo de un pueblo que, abandonado a sí mismo, sabe hacerse superior a sus desgracias, encontrando en la abnegación y el desinterés de sus hijos recursos instantáneos para las necesidades, bálsamo y consuelo para todos los dolores.

Si nos fuera posible trazar el cuadro lleno de rasgos sublimes y de conmovedores detalles que han ofrecido las diferentes clases de la sociedad al unirse espontáneamente para

llevar a cabo su santa misión, escribiríamos una de las más hermosas páginas de la historia de un pueblo, que tan brillantes las tiene ya en sus anales gloriosos. Pero no es posible: no basta la imaginación a abarcar, ni hay pluma que pueda describir tantas escenas conmovedoras como se han desarrollado a nuestros ojos durante esos inolvidables días. Ya mostrándose en forma de asociación por medio de los *amigos de los pobres*, ya guiando con celeste iniciativa el generoso impulso de los sentimientos individuales, enérgica, activa, poderosa como la terrible epidemia que iba a combatir, la caridad, hija del cielo, se ha engrandecido, se ha multiplicado, ha hecho, en fin, patente que es la más grande y la más fecunda virtud que existe en la tierra.

Las fatigas más rudas, el temor al contagio, el espectáculo de las miserias más inconcebibles, antes que a desanimarla y vencerla han servido para fortificar su fe avivando y haciendo más intensa la llama de inextinguible amor que la consume.

¿Qué inmensa abnegación, qué inquebrantable fortaleza de espíritu, qué fe tan ciega no habrá necesitado para seguir, constante y animosa, por tan áspero sendero, para no retroceder, llena de pavor y desaliento, ante la gigantesca obra que había acometido? ¡Hasta

que no se levanta por un acaso el velo que cubre ciertas horribles e ignoradas escenas; hasta que no se desciende a respirar un momento la corrompida atmósfera que respiran las últimas clases sociales; hasta que no se ven realmente y en toda su horrible desnudez ciertos dolores cuya pintura nos parece luego exagerada; hasta que una de estas inopinadas catástrofes, revolviendo el légamo del fondo, no viene a empañar la aparente limpidez de las aguas en que vemos retratarse como en un espejo la risueña imagen del bienestar de la vida; hasta entonces, repetimos, no puede calcularse cuán profundo es el abismo de la miseria que hay oculto a nuestros pies, cuán inmenso campo queda aún a la caridad para ejercitarse en sus piadosas obras, qué raquíticos y qué insuficientes son los medios de que la filantropía oficial dispone para extirpar de raíz el cáncer que nos corroee las entrañas!

Hoy que la causa que ha hecho ver más claras esas tristísimas miserias ha desaparecido; hoy que el público de Madrid puede apreciar con ánimo más reposado y sereno la gran victoria que los oscuros y generosos soldados de la caridad han conseguido con sus incansables esfuerzos contra el duro azote que ha llenado de consternación una gran parte de la península; hoy que se tocan los

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

efectos maravillosos del celo que lo prevé y lo detiene, de la abnegación que lo busca y lo combate y del desprendimiento que hace menos amargas sus consecuencias, debemos unir nuestra humilde voz a la de los hombres pensadores que, encontrando en el fondo de las más dolorosas calamidades una fuente de experiencia y enseñanza, piden que no pase desapercibido, ni se olvide tan sublime ejemplo.

Al consagrar una de nuestras páginas al glorioso recuerdo de tantas y tan heroicas acciones como hemos presenciado; al dar desde las columnas de nuestro periódico al generoso pueblo de Madrid una entusiasta muestra de la profunda admiración que su conducta nos inspira, abrigamos la esperanza de que su inagotable caridad no se habría despertado más viva y más ardiente que nunca para brillar con tan intenso esplendor un punto y amortiguarse luego.

En vano al llenar otra vez el aire los alegres rumores de la vida activa; en vano al sentirnos arrastrados otra vez por el torbellino de las pasiones podrá tratarse de olvidar los horribles misterios que se han hecho claros al penetrar en esas viviendas miserables e infectas, donde viven respirando una atmósfera emponzoñada y luchando con el hambre y

L A C A R I D A D

la desnudez millares de seres a quienes sólo sus hermanos pueden tender una mano piadosa.

Los cálculos de la ciencia económica, los desvelos de la administración, los esfuerzos de los gobernantes han sido y seguirán siendo impotentes para la resolución del pavoroso problema de la miseria social, que, como la esfinge de Edipo, amenaza devorar a las naciones que no acierten a descifrar su oscuro enigma. Sólo queda un camino abierto, sólo queda una doctrina: el camino que nos trazó el divino Maestro, que sobre la piedra de la caridad echó los sólidos cimientos de la civilización moderna: la doctrina que El mismo predicó a sus discípulos por medio de un hermoso símbolo cuando, para hacerles comprender hasta qué punto la caridad puede realizar imposibles, dió de comer con cinco panes y cinco peces a millares de hombres.

LA CALLE DE LA MONTERA

La calle de la Montera de nuestros días, esa calle engalanada, coqueta y bulliciosa, centro, podemos decirlo así, del comercio de Madrid, era hace tres siglos más bien que calle, un lodazal en tiempo de invierno y un depósito de polvo y de inmundicias en verano.

La policía urbana era desconocida entonces, y porque un honrado vecino arrojase a la vía pública los desperdicios de su casa, no se le inquietaba con papel de multas ni cosa por el estilo.

¡Oh, hermosa calle de la Montera! Tres siglos hace que ni aun nombre tenías, y para dar de ello una ligera prueba diremos que procede el que llevas actualmente, de cierta hermosa dama, tan hermosa como... coqueta, mujer del montero mayor del rey.

Esta buena señora, cuyas aventuras galantes dieron asunto bastante para que el inspirado Serra escribiese una lindísima comedia, tenía escandalizado al buen pueblo de Madrid, extendiéndose su fama hasta muchas leguas en contorno de la coronada villa.

Y no se crea que estos escándalos deshonra-

sen al señor montero mayor: todo menos eso.

La dama era, según opinión pública, honestísima, y ningún galán de los infinitos que la solicitaban podía vanagloriarse de haber obtenido de ella el favor más insignificante.

Todo lo más que sucedía era que la señora *Montera* se asomaba a sus balcones tan luego como Dios ordenaba al sol que alumbrase la tierra, y entonces, a pretexto de cuidar de las flores de sus búcaros, arrojaba a la calle, así como al descuido, dos o tres de las marchitas.

Cuenta la crónica de donde tomamos estos apuntes, que por un clavel rojo y una maravilla jaspeada de blanco, se dieron de estocadas un marqués (la crónica calla el nombre) y un alférez de guardias *amarillas*, quedando este último bastante malherido, pues en aquel tiempo no eran sólo los militares los únicos diestros en el manejo de la espada.

Otras veces la celebrada dama, cuando iba o volvía de la iglesia, bajaba un tantico el rebocillo de su manto de seda negra, y tenía para cada uno de sus adoradores miradas rápidas, pero de fuego. ¡La niña no sabía mirar de otra manera!

Por las noches, si alumbraba la luna—pues entonces no había más faroles que los de las santas imágenes que la piedad de los vecinos alimentaba en algunas calles, y es fama que

en la de la Montera no existía ninguna—, por las noches, repetimos, y bañados por los rayos de nuestro satélite, rondaban la puerta de la bella dama *cien galanes sin ventura*.

Mirábanse los unos a los otros; retorcián el mostacho a la Borgoñona que todo el que tenía pelos en la cara usaba entonces, y tropezándose al pasar, buscaban de esta o de otra manera un motivo para hacerse una sangría de más o menos consideración.

Los poetas o los que presumían de tales, puestos los ojos en blanco, la capa echada a la espalda y arañando en una vihuela, laúd, tiorba o bandurria, desahogaban su amoroso afán en canciones capaces de ablandar no digo a una Montera pero sí a cierta estatua con formas de mujer que se alzaba entonces en el centro de la mal llamada puerta del Sol, y que se conocía con el nombre de *Mari-Blanca*.

La dama se hacía sorda a estas demostraciones, y sus celosías permanecían cruelmente cerradas; cantaban los trovadores; los gatos que se disputaban aquella gata (perdónenos la comparación) sacaban las uñas, o llámense espadas si gustáis, y zis, zás, estocada tras estocada, no tardaba en oirse un: “¡Dios me socorra!” y cataplúm: ¡hombre a tierra!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

Sobrevenía entonces la ronda de un señor alcalde de casa y corte con sus alguaciles y arqueros de la villa, y tropezaba con un muerto, no dándose nunca el caso de que el vivo, o sea el matador, fuese capturado.

En algunas noches oscuras, sucedía que al acudir la ronda al rumor de una pendencia, hacían causa común los galanes y arremetían con sin igual furor a los pobres golillas, administrándoles tales palizas que no tardaban en huir como cuervos a la desbandada, pidiendo favor y ayuda.

Y entretanto la señora *Montera*, Dios sabe si en dulces y suaves coloquios, estaría burlándose de sus amadores en compañía de su muy amado marido, o si para cada uno de sus suspiros tendría un ronquido más o menos armonioso.

Cuando, después de una noche de serenatas y estocadas, la justicia recogía, al amanecer, un cadáver en aquella calle de trágicas aventuras, nuestra buena *Montera*, tan fresca y tan bella siempre como una flor de primavera, entraba a oír misa en San Luis, sin dar la más pequeña muestra de arrepentimiento por sus culpables coqueterías.

He aquí, lectores amables, por qué la linda calle que da nombre a este artículo se llama la calle de la *Montera*.

LA CALLE DE LA MONTERA

Respecto al comercio que entonces existía en ella, estaba reducido a unos miserables tenduchos en los cuales se vendía pan. Tales establecimientos llegaban desde un extremo de la calle hasta la iglesia de San Luis, y a fin de que no hurtasen el pan tenía a la entrada unas fuertes mallas de cuerda sujetas a un marco. Por eso aún en el día es conocido aquel sitio con el nombre de *Red de San Luis*.

SEPULCRO DE RAIMUNDO BERENGUER EN
LA CATEDRAL DE GERONA

CAPITULO I
LA CATEDRAL DE GERONA II

Entre los varios documentos dignos de estima que se encuentran en la antigua e histórica ciudad de Gerona, merece particular mención su catedral, elegante obra construída por los años de 1416 bajo la dirección de Guillermo Boffy.

Recorriendo sus extensas naves bañadas por la claridad tenue y misteriosa que penetra al través de las caladas ojivas, deteniéndose a contemplar los objetos de arte acumulados en su recinto, o repasando en la imaginación las antiguas memorias que despiertan los nombres de los ilustres personajes que duermen el eterno sueño de la muerte bajo sus santas bóvedas, el artista, el arqueólogo y el historiador encuentran ancho campo para sentir y estudiar.

Muchas son, en efecto, las cosas notables por su mérito o su antigüedad, que en ella pueden admirarse; pero una de las más curiosas es, sin duda, el sepulcro de Raimundo Berenguer, segundo de su nombre entre los condes de Barcelona y al cual hicieron famoso sus hechos y su desastrosa muerte. Beren-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

guer I, conocido con el sobrenombre de *El Viejo*, instituyó al morir por herederos suyos a los dos hijos que tuvo en su segunda mujer doña Almodis. Raimundo Berenguer y Berenguer Ramón disputaron por largo tiempo entre sí antes de deslindar definitivamente sus respectivos derechos. Documentos sacados a luz en nuestros días por escritores diligentes y eruditos especifican con todos sus detalles las negociaciones, los tratos y contratos, avenencias y rupturas a que dió lugar este asunto. Por último, ambos hermanos se avinieron a gobernar pro-indiviso sus Estados, aunque sólo Raimundo usó el título de conde.

A pesar de encontrarse acordes en la apariencia, sea porque le impulsase a ello su carácter duro y su aviesa condición, sea porque se creyese agraviado por la preeminencia concedida a su hermano, Berenguer Ramón no cesó de hostilizar secretamente a Raimundo, llegando a tal extremo en su animosidad que la tradición, a despecho de la historia, atribuyó siempre a una de sus asechanzas la muerte del infortunado conde. Los documentos de que dejamos hecho mérito, los cuales arrojan nueva luz sobre este oscuro período de las crónicas catalanas, confirman y robustecen la que sólo fué un tiempo opinión del vulgo.

SEPULCRO DE RAIMUNDO BERENGUER

La muerte de Raimundo Berenguer, a quien a causa del extraño color y la abundancia de sus cabellos dieron el sobrenombre de *Cabeza de estopa*, ocurrió a los cinco años de haber entrado en posesión de la señoría condal. Engolfado en la persecución de la caza, se alejó de su comitiva internándose por un monte solitario, con el azor en el puño. Acometido allí por una gavilla de bandoleros, cayó herido de muerte a los primeros golpes. La tradición refiere que los asesinos arrastraron el cadáver lejos del teatro del crimen y le enterraron para hacer desaparecer sus huellas; pero el azor, que, al caer herido su dueño, se había escapado volando, fué a colocarse sobre una roca cercana a la sepultura y desde allí llamó la atención de la comitiva del conde con sus gritos lastimeros. Descubierta el ensangrentado cuerpo de Raimundo y trasladado a Gerona, la gente llamó a la roca a cuyo pié se había encontrado, *la percha del azor*, nombre que ha conservado hasta el día.